

Mirando por un telescopio de cartón como Laika regresa carbonizada: Muestra Internacional Cortos que van pa' largo y pilotos que van pa' l aire 2017.

(Miradas Críticas a la Muestra Audiovisual Internacional Cortos que van pa' largo 2017)

Por

Andrés Romero Baltodano

Abstract

Siempre será un reto estar frente a una muestra curada por otro e internarse en realizar un texto crítico que amplíe y permita revalorar o introducirse en variables que los ojos del público en general no avistan o no perciben. En este texto crítico, la forma en que se describe cada trabajo procede de metodologías que ya fueron expuestas por Barthes o Metz en su momento y que años después son retomadas en forma global, para realizar una mirada crítica profunda, que da luces alrededor de las probables intenciones de los creadores, que siempre serán un laberinto de ideas a decodificar y es función de la crítica hacer esta labor que recoge este texto.

Palabras Claves

Cine, Sociedad, Pensamiento, Audiovisual.

Buenas Noches a todos y es muy grato para el Cine Club La Moviola ser de nuevo invitado a abrir este espacio crítico sobre la muestra internacional que después de ver y analizar cuidadosamente los trabajos, queremos compartir con ustedes nuestros juicios y apreciaciones.

En *La Culpa* (2015) de **Michael Labarca de la Universidad de los Andes de Mérida Venezuela**, la mañana no trae angustias ni afanes sino una mujer que habla con otro o tal vez con su propio yo que le pasa al teléfono. El clima opresivo, las luces de un auto o de algo que brilla más allá de ella permiten encontrarnos con una parábola que poco a poco deja ver su lado oscuro. La luz pasa en el otro cuarto como si proviniera de un faro lejano que nos recuerda la bella balada de Suite Habana (Pérez, 2003). Las acciones transcurren con aquella lentitud que a veces presagia la tragedia, el hombre entra al universo donde ella se debate entre su papel de madre o el de mujer. De ritmo lento en las acciones por momentos no parece despegar y se enreda en su misma narrativa, que pretende ser de clima relacional pero las acciones no le ayudan a generar más potencia en su relato.

Santa Marta se hizo famosa por un pseudomago mercachifle con programa radial que vendía dizque un “kit” para llegar a la cima y ser más exitoso que Carlos Slim. Santa Marta también es una tierra herida que tiene el *sambenito* de ser turística y como las monedas más apreciadas de la numismática: tener dos caras. La que el turista percibe (falsa, como toda imagen turística) que está llena de devaneos, jugarretas, hoteles y mundo artificial que se

asoma en el famoso *Rodadero* y la otra Santa Marta, la de verdad, la de *Pescaito*, la de aquellos hombres que caminan bajo el canicular sol del mediodía y se hunde bajo una ciudad llena de problemáticas en sus barrios que eufemísticamente denominan algunos “de invasión” allí se sitúa ***Preciado Líquido* (2018)** de **Tatiana Laborde Flores con producción de la Universidad de Magdalena** donde desde el cine directo de Jean Rouch, se intenta ser testigo del habla popular desde sus fuentes, desde sus protagonistas, convirtiéndose en un documental-testigo de lo que ocurre a un grupo de habitantes entre mujeres y niños que realizan actos cotidianos y se expresan sobre sus hablas regulares. La imagen no está muy cuidada, tal vez asumiendo las teorías de aquel “cine pobre” cubano, que entre otras es otro del festival del mismo nombre. La problemática mostrada, se instala en aquella tragedia absurda de la falta de agua en los barrios del siglo XXI y en la mitad de ello se desenvuelve el relato naturalista que presenta el mismo documental. Lo valioso como documento es mostrar como en el siglo de las altas tecnologías, aún hay miles de lugares donde la llegada del agua es como para ellos mismos la llegada de Dios.

Los objetos en el cine han pasado de ser *props* de utilería a ser protagonistas, ya lo veíamos en el Globito manual de Carlos José Reyes o el Globo Rojo (Lamorisse, 1956) o la silla rebelde de Cuento de una Silla (1957, McLaren) pasando por múltiples objetos que sobre todo desde las técnicas de animación, han sido protagonistas. Llaves, ojos, candados, sillas y muchos más objetos.

En *Shoes* (2016) de **Kitile Caroline de la Kenyatta University de Kenia**, vemos un objeto que podría ser un tenis Converse aquel que Elver Converse en 1908 propuso y que

fue ascendiendo en la escala del mundo de los tenis que por siempre han sido marca de una generación, así como antaño los North Star o los Pro-Keds, que se situaron en cada generación como marcas y emblemas de sus pies habitantes.

Los tenis en esta película toman forma de personajes por arte de magia de los efectos que ayudan a la narrativa a ser más estética. El cortometraje asume la narración desde lo que supone el espectador que ocurre arriba de los zapatos, pero el punto de vista situado en sus confines permite que lo binario desde el género establezca el preludio de una relación, tal vez son los zapatos de un seductor o de un aprendiz de atleta emocional.

En Otavalo se hace un mercadillo de artesanías que cubre la amplia “falla” de la artesanía en Latinoamérica. Ciudad indígena no en su pasado sino en su presente lugar, donde lo ritual y lo sincrético bailan desde el mismo lugar y allí en Otavalo una mujer comienza a dar a luz siendo interrumpida por imágenes de naturaleza que preceden un relato de una partera de aquellas que en contravía de las voraces EPS que propenden por el ritual sin habla y sin cariño de los quirófanos. ***La Huella de mis ancestros (2017)*** de **Santiago Berrone de la Universidad Sanfrancisco de Quito** comienza evocando la fuerza de las energías indígenas, la defensa de lo táctil contra la máquina.

Las parteras “naturales” se debaten en medio de la aparición de la extrema higiene y la llegada al mundo con parámetros donde lo natural es prioridad. La partera nos anuncia que “cura de espanto, limpia mal viento malas energías”. Allí donde los galenos recetan penicilina o antibióticos con daños colaterales, esta mujer vuelve a la piedra, al tomillo, a engarzar por el aire los dioses propicios para sus congéneres. El trabajo audiovisual pertenece más al reino del reportaje de personaje, que sigue la situación desde su oficio y

deja en claro que se deben seguir escuchando las voces desde la tierra y para la tierra, que las tradiciones no las va a tumbar una aplicación de Apple ni lo ritual como bien lo sabe Wade Davis autor del magnífico viaje por la etnobotánica *El Rio*, es cuestión de video juegos que simulan lo ceremonial. La imagen es sencilla, los hablantes ilustran el tema y la cámara se queda en estas cadenas montañosas andinas que aún se siguen defendiendo de los nuevos colonos indeseables que no respetan los quipus ni la cerámica erótica Inca.

En *Una curiosa conjunción de Coincidencias* (2011) de **Joost Reijmers** producido por **la Nederlandsse Film and Televisie Academie de Holanda**, el comienzo nos pone a pensar en los neardentales y en los sapiens, así como en la construcción de las responsabilidades y el esquema de la vida contemporánea que se acoge a una relación de oferta y demanda que eriza en un primer momento y hace que nuestras mentes se ocupen tanto tiempo del estrés y no de la lúdica. Su técnica de animación permite aligerar el discurso que es conducido por una voz omnímoda que nos quiere hacer reflexionar. El título me hace acordar del libro de Daniel Handler **convertido** en film y titulado *Una serie de eventos desafortunados*.

Una Curiosa conjunción de coincidencias, trae el aroma de *Delikatessen* (Jeunet y Caro 1991) o de *La paloma que se posó en una rama a reflexionar sobre la existencia* (Anderson, 2015) pero por sobre todo de una obra tan inteligente e interesante como *Metropía* (Saleh, 2009) que se convierten en fábulas posmodernas, donde lo farsesco y lo bufo, se instalan para dar cuerpo a un relato apocalíptico en su estructura y en su fondo que permite oír otras voces, otros ámbitos y que desarrolla desde el sarcasmo y el humor negro un

examen cuidadoso de la sociedad de Ámsterdam, de las relaciones laborales y que en cada uno de los personajes, hace vivir una hinchazón del alma, una molestia que no se quita con analgésicos digitales, sino con transformaciones sociales que cada vez se ven más lejanas.

En *Skateboard in gis a Not a Crime* (2016) de **Cristian Radu de la Universitatea Nationala de Arta Teatrala si Cinematográfica de Rumania**, la orfandad de una skateboard hace que sintamos que la soledad a veces pesa y se hace agua. La tabla, que después de varios minutos parece ir al comando de aquel hombre invisible creado para la novela por entregas, publicada por Pearson's Magazine por H.G. Wells, aquel maestro de la ciencia ficción que ha sido adaptado tantas veces al cine.

La tabla corre, las casas corren, el perro también, del perro invisible creado por un cineasta serie B inexistente ladra y abre paso a la veloz carrera. La magia del diseño sonoro mezcla de manera un poco inconsecuente el jazz de bar, de hotel cuatro estrellas con un Foley, de radio patrulla igual a una que tuve de pequeño, cuando la policía era un juguete y no una amenaza urbana.

La persecución toma sus elementos narrativos de la repetición del cine comercial cuando persiguen a Brad Pitt, a Roger Moore o a un Daniel Craig disfrazados de agentes con dos ceros y un siete al final, es tan predecible la persecución, que hasta el consabido tren hace su aparición para que el perseguidor (tan distinto al de Cortázar) pueda llegar por lo menos cerca de su presa.

Y al final (tendrá final esta lineal carrera patrocinada por Hot Wheels?) el mal de la radiopatrulla es “arrollado” por poderes invisibles de un hombre invisible que evidentemente no creo H.G. Wells.

Del título creeríamos que se trata de defender los “derechos” de los skaters, pero su desarrollo carece de inventiva, incluso sobre la óptica de defender los derechos, asunto en lo cual es experto Eric Gandini o el Pato Guzmán desde el documental.

Comenzar una película con caballos ha apasionado a los seres humanos sobre todo en algunos *wésterns* donde los *mustang* cobran protagonismo y se desplazan por los desiertos de Texas como rayos veloces, en los cuales, grupos de iroqueses huyen del tsunami genocida de los cowboys. Los caballos también identifican las justas romanas y los carruajes como las cuadrigas. Por eso esta *Una Noche en Tokoriki (2016)* de **Roxana Stroe**, producción rumana que inicia con estos caballos blancos que hacen prever que estamos frente a un relato tropibalcánico dada la característica de los personajes rurales que van en esta destartada carreta y que al llegar a la fiesta de cumpleaños, su sola presencia detiene al espectador ante una posible tragedia... estos tipos parecen no traer nada bueno... y menos si uno de ellos no le quita los ojos de encima a la novia y al separarse de una de las columnas, vemos literalmente su corazón roto y lleno de espinas. El clima de la película va en crescendo con un suspenso tragicómico que aumenta al ritmo del “chispún” rumano. Otra vez los ojos culpables de diálogos que a veces son más intensos que las palabras, el baile acerca a las víctimas hasta que lo que parecía manejado por Yago da un salto dramático al vacío y los antes contrincantes, ahora se tornan en amantes, causando el caos y un huracán que termina con la misma carreta que regresa con aliento a derrota y a caballos cansados.

Un opening impactante digno del famoso reportero de crónica roja mejicano Enrique Metinides o de un fragmento de una película de Tom Ford. Una mujer. La sangre. Su posición horizontal. Estamos comenzando *Camino a Victoria* (2018) de **Paloma Valencia** producción de la Universidad de Medellín. Ahora es un Volkswagen escarabajo el que aparece y dentro un hombre que va con un viaje hacia una ceremonia íntima y es abordado por una mujer que hace auto stop y entre los dos se va tensando un hilo entre dos bocas y la cámara muestra sus pensamientos íntimos en huellas de su relación con el cuerpo y la fotografía nos trae vivo y sin rastros de sangre a Caravaggio que en medio de su “tenebrismo” dejaba ver las rendijas de lo humano.

Se confiesan los dos. Cada confesión cae en el campo del otro como un cóctel molotov, se prueban, se retan y la noche quietecita y el fuego sube hasta estar cerca de la luna. El tiempo viene y va y se instala en el presente y vuelve al pasado como “turista” como decía el poeta argentino Jorge Carrol.

El ritmo es adecuado y la historia resume relaciones de aquellas que parecen en la vida como cuando se prende un bombillo. Pasado. Presente. Las cenizas caen. Las cenizas resucitan.

En *Mi Abuela* (2016) de **Jurgen Agushi**. Mi abuela es Valentina Bajabjova Buci oriunda de San Petersburgo, migrante a los Estado Unidos. Su cabeza es la ruta, el camino de los recuerdos y permite que la cámara esté alejada de ella como guardando una distancia con sus recuerdos. La vejez siempre será atractiva para los discursos de la imagen y para la antropología familiar. Recordar desde ella es la manía de guardar como en un pañuelo albo pedacitos de vida que no se reproducen, sino que se recuerdan, la realización es simple, con pocas ayudas desde los contextos de la emoción. Tal vez ella es un ser que no vivió la fiesta de

la fiesta de vivir, pasó por la segunda guerra, por Estados Unidos, por sus padres y sus pasos que no dejan huella en la nieve sino intentan hacerlo con el espectador.

Leve viaje. Distante viaje que no manipula la emoción sino invita a quien lo ve a que como en una vitrina emocional, siga las palabras de esta anciana, que cuenta para que otro oiga y a veces tal vez cuenta para que nadie oiga. Simple, con ritmo pausado se va dejando ir en un largo devenir de los recuerdos.

Lejos está el *Amor* (Haneke, 2012) o la *Gerontofilia* (LaBruce, 2013) donde la vejez adquiere no categoría de recuerdo sino de vivencia y vigencia, donde el ser humano que va hacia el cadalso de sus días todavía ilumina su presente y no pone la linterna sobre su pasado.

Pasamos de un camino a otro, de un espejo roto a un espejo del que solo queda su mango gastado por las uñas que rasgan vidas sin vida o vidas aceleradas sin destino.

Recorramos entonces los puentes nauseabundos o perfumados de los relatos que vienen a continuación definitivamente como titulamos nuestro ciclo de este semestre en La Moviola... el cine sana.

REFERENCIAS

Pérez, F. (productor) y Pérez, F. (director). (2003). Suite Habana. Cuba. ICAIC.

Lamorisse, A. (productor) y Lamorisse, A. (director). (1956). El Globo Rojo. Francia. Films Montsouris.

NFB (productor) y McLaren, N. (director). (1957). Cuento de una Silla. Canadá. National Film Board.

Ossar, C. (productor) y Caro, M., Jeunet, J. (directores). (1991). Delicatessen. Francia. Union Générale Cinématographique., Hachette Première Victoires Productions.

Andersson, R. (productor) y Andersson, R. (director). (2014). La paloma que se posó en una rama a reflexionar sobre la existencia. Suecia. Filmproduktion AB., Nordisk Film.

Ménégoz, M., Katz, M., Heiduschka, V., Stefan, A. (productores) y Haneke, M. (director). (2012). Amor. Austria., Francia., Alemania. France 3 cinema., Canal+.

La Bruce, B. (director). (2013). Gerontofilia. Canadá. New Real Films., 1976 Productions.